

ARTURO USLAR PIETRI.  
LA LUCHA CON EL MINOTAURO

POR

DOMINGO MILIANI

El mito es una ciencia previa a la que regresa, después de un largo vagabundeo verificador, la reflexión. Es un vasto espejo donde el mundo se mira entero y como en otra orilla”.  
“Pies horadados”.

1. HISTORIA Y EXILIO

En febrero de 1934, Arturo Uslar Pietri regresaba triunfante de Europa, donde había residido desde 1929. Participó junto a Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y otros latinoamericanos y españoles en las tertulias surrealistas de París. Su nombre se había consagrado como novelista en Madrid, con *Las lanzas coloradas* (1931). Traía, pues, suficiente equipaje intelectual para ofrecerlo a una Venezuela que vivía los estertores de la dictadura gomecista.

Desde su regreso al país, la obra de Uslar fue creciendo hasta convertirlo en uno de los más prolíficos y profundos pensadores humanísticos de nuestro siglo XX.

Su obra se concreta fundamentalmente en dos direcciones: la narración (novela y cuento) y el ensayo.

La prosa de reflexión ha sido el campo de mayor volumen de obras y también el menos estudiado de su producción.

Tres círculos concéntricos podrían organizar su universo ensayístico. El primero se refiere a Venezuela. El segundo a Latinoamérica, o Iberoamérica como él prefiere designarla. El tercer a la visión integral del mundo. Se me ocurre que cada uno de esos círculos podría compendiar subconjuntos que conservan coherencia de uno a otro libro y se intertextualizan. El primero, lo he llamado “La lucha con el Minotauro”, por razones que desarrollo en este trabajo. El segundo, donde inserta la visión de Venezuela dentro del contexto latinoamericano para ocuparse de todo el conglomerado de pueblos y problemas que abarcan nuestro continente, podría denominarse con el título de uno de sus libros: *En busca del Nuevo Mundo*. Por último, el tercero, su concepción universal de la cultura divulgada, proyectada y puesta a dialogar con América Latina, bien podría compendiarse en otro título del libro: *El globo de colores*.

La temática del primer conjunto abarca desde la inmigración y la economía, pasando por la educación y la cultura, hasta el petróleo como centro de reflexión en torno a Venezuela y sus crisis de ayer y de hoy.

El auge petrolero impulsó el éxodo campesino en una migración interna que originó una incongruente concentración demográfica en la región norcostera del país. Uslar fue uno de los primeros en estudiarla a través de un trabajo temprano que tituló “Venezuela necesita inmigración”. Algunos de sus puntos de vista los rectificó o amplió después en el *Sumario de economía venezolana* (1945). Respecto a inmigración externa refutaba plantamientos expuestos por Alberdi y Sarmiento considerados por él como anacrónicos para la contemporaneidad venezolana. Se acercaba entre los primeros a puntos de vista de la superpoblación que sustentaron las tesis de William Vogt, entre otros, durante la década del 40. Tal vez muchos de los argumentos de entonces hayan quedado superados. Pero hay otro incuestionable y es la atracción que el auge petrolero produjo sobre una inmigración incontrolada de “parásitos” en busca de riqueza fácil, raíz de la dramática encrucijada que hoy padece Venezuela: el saqueo de sus capitales, el contrabando de oro, la masacre del indígena, la depredación de su ecosistema, el abuso del poder económico, en fin, lo que él titulará en su último libro “Una cultura de la corrupción”. Son resonancias de un mismo problema que Uslar traza como punto focal de la tragedia económico-social en que pareciera hundirse cada vez más este país, tenido como uno de los más opulentos del continente hasta el desastre de los años setenta.

En cuanto a la economía centrada en la falsa riqueza petrolera, Uslar Pietri comenzó a esbozar su tesis desde un memorable editorial publicado en el diario *Ahora* el 14 de julio de 1936, cuyo título se convirtió en consigna de un nacionalismo inteligente. La frase fue: “Sembrar el petróleo”.

Se proyecta en libros como *Venezuela, un país en transformación* (1958), *Materiales para la construcción de Venezuela* (1959), *Del hacer y deshacer de Venezuela* (1962), se expande en *Petróleo de vida o muerte* (1966) y culmina en esa tremenda admonición reciente que tituló *Golpe y estado en Venezuela* (1992) y cuyo más remoto antecedente se halla en otro editorial: “La crisis de la responsabilidad” (12 de febrero de 1936). En su último libro titula dolorosamente uno de los ensayos: “Sin sembrar el petróleo”. En reiterado análisis crítico, el balance a cincuenta y seis años después de su primera consigna es éste:

El caso de Venezuela es uno de los más patéticos en el cuadro. Todo le fue dado a este país para alcanzar el más completo desarrollo económico y social de la América Latina. En el inventario de sus haberes figuraban muchas ventajas: posición geográfica favorable, variedad de climas y escenarios, grandes recursos naturales, una población todavía escasa y una creciente y bien formada minoría dirigente que parecían asegurarle el más risueño porvenir. Como base de todo esto estaba la presencia excepcional y vasalladora de una descomunal riqueza de petróleo y de gas.

Desde el comienzo del alza de los precios del petróleo, a fines de 1973, por casi quince años continuos, por la sola causa de las actividades conexas con este recurso afluyeron sobre este pequeño país alrededor de 250 mil millones de dólares. No tiene límite imaginario lo que se hubiera podido hacer con tan inmensos recursos en esa pequeña población si

hubiera habido un criterio realista y práctico para levantar, y sobre esa base, una economía y una sociedad prósperas y productivas.

No solamente no se hizo así, sino que al brusco final de ese lapso el país quedó en la más lamentable situación de desigualdades sociales y económicas, con una enorme población marginal, con malos servicios públicos y con una pesada deuda externa que carece de toda justificación.

Del primer editorial sobre la siembra del petróleo, en el sentido de reinvertir la enorme masa de dinero aportada por la explotación petrolera, nació en él una de las más originales y luminosas formas literarias de comprender la entraña de lo venezolano. Nos referimos a su libro *De una a otra Venezuela* (1949), escrito en Nueva York durante su exilio ocurrido en 1945 por el derrocamiento del gobierno de Isaías Medina Angarita, en cuya gestión fue una de las más jóvenes y lúcidas mentalidades de conducción por una democracia muy amplia. Emergió de ahí la famosa Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt. Este fue un adversario encarnizado con Uslar. Le incriminó absurdas culpabilidades de peculado. Le confiscó su casa —el único bien de fortuna que tenía para entonces el escritor— y la entregó a un Coronel retirado del ejército chileno, quien fungía de “interrogador” en una umbrosa cárcel política: El Trocadero.

De aquel momento comienza, dentro de la llamada “democracia representativa”, el gran mito de “un gobierno del pueblo, dirigido por un partido del pueblo, respaldado por un ejército del pueblo”, una efímera fachada que duró apenas tres años (1945-1948) y que Uslar desmonta implacablemente a cuarenta y siete años de distancia. Fue interrumpida por el decenio perezjimenista. De entonces data el proceso de desnacionalización económica y mental del país.

Contrapartida de aquella epopeya democrática serán las voces críticas de dos pensadores, quienes habían estado comprometidos íntegramente con el gobierno derrocado por aquel golpe del 18 de octubre de 1945: Arturo Uslar Pietri y Mario Briceño Iragorry. Ambos fueron figuras destacadas durante la Presidencia de Isaías Medina Angarita. Ambos horadaron en las raíces más dolorosas del drama nacional. Briceño Iragorry se convertirá en uno de los adversarios más enérgicos de la dictadura perezjimenista. Uslar, en el implacable crítico del gobierno que se prolonga de Rómulo Betancourt a Rómulo Gallegos. De este novelista respetó siempre la imagen literaria y moral, aunque lo combatió políticamente. Deploró que hubiera sido al final una víctima de las propias maquinaciones que un grupo de militares, tras la espalda de Betancourt, condujeran a Venezuela a los diez años de perezjimenismo. Una asonada de la cual Gallegos, siendo Presidente del Partido de la rebelión, no estaba enterado.

## 2. LOS SÍNTOMAS DEL MAL

Hasta aquí todo es historia, anécdota, drama político. Uslar lo vive en carne propia. No cae en la consabida guerra de panfletos con que los intelectuales venezolanos, desde los exilios endémicos, han combatido las dictaduras que llenaron nuestra historia hasta los primeros treinta años del siglo XX. De ello no escaparon ni siquiera modernistas como Rufino Blanco Fombona. Para Uslar Pietri la distancia del país, su vida de docente en Columbia, la formación económica y la madurez del escritor, lo indujeron a reflexionar

más que a escarnecer. Esa reflexión giró sobre los que él calificó en uno de sus ensayos de entonces: “Los síntomas del mal”. Más que odio, lo que rezuma de ese ensayo es el dolor profundo por un país que ya para 1947 entraba en un despeñadero de “nuevo riquismo” irresponsable, de banalización “maiamera”, de lo que Briceño Iragorry denominó la actitud mental del “pitiyanqui”.

La fuerza de una prosa nueva mezcla entonces el dato congelado de las estadísticas con la realidad doliente de un pueblo. Y más allá de la ira momentánea que seguramente le provocó el exilio, emerge el essayista que transita la gran urbe norteamericana, en otro momento dibujada por él como “La ciudad de nadie”. Ahora, en 1947, anota:

Tengo en mis manos el *Anuario Estadístico* de Venezuela para 1947, publicado por el Ministerio de Fomento. En estos días de invierno, nevados o neblinosos, entre las torres de Manhattan, he pasado largos ratos hojeándolo. Tantas cosas dicen esas escuetas columnas de cifras. Tantos dolores, tantas esperanzas, tantas solicitudes están allí puestas en las quietas cifras que han molido las máquinas tabuladoras, que es difícil leerlas sin que al rato la imaginación no se escape en angustia sobre visiones de campos, de ciudades, de muchedumbres. Mirarlas es como observar los manómetros que marcan la tensión de las fuerzas sociales y económicas que actúan sobre la vida de nuestro pueblo. He pasado largos ratos comparando unas cifras con otras. Con la angustia con que el deudo del enfermo mira las curvas de temperatura, las radiografías, los análisis de laboratorio, donde los médicos leerán la sentencia de vida o muerte del ser querido. Y desde unas cifras se enciende una luz de esperanza y desde otras mana una sombra de pesimismo que envenena.

Sigue el ensayista con la afirmación de que “es buen ejercicio de amor a Venezuela hojear el *Anuario Estadístico*”. ¿Se trata del tiempo vacío e interminable del exiliado? No tenía Uslar otra lectura con la cual sacudir los glaciales días neoyorkinos? No era eso. Quien así escribe, por aquellos mismos días estaba enseñando Literatura Venezolana en Columbia. Producto de esos cursos fue su libro *Letras y hombres de Venezuela* (1948). Por cierto, según el crítico mexicano Luis Leal, es el primer texto latinoamericano donde se habla de “realismo mágico” aplicado a la literatura de nuestro continente. Eran los mismos días en que iba creciendo uno de sus más perfectos volúmenes de cuentos, con innovaciones que iban más allá del realismo mágico: *Treinta hombres y sus sombras* (1949). Y también los mismos días en que estaba escribiendo su novela *El camino del Dorado* (1947).

Entonces lo que atrae a curiosidad del párrafo intercalado es el hecho de que ahí se perfila uno de los rasgos de Uslar Pietri como un indiscutible ensayista de la modernidad. Es decir, el hombre capaz de abordar las más diversas y complejas cuestiones del aquí y el ahora latinoamericano, pero como base para extraer unas conclusiones premonitorias cuya actualidad sorprende. Ser testigo crítico de una modernidad cultural sin modernización económica, esta última convertida por él en la utopía frustrada de una “Venezuela posible”.

Aquel *Anuario Estadístico* angustiaba a Uslar cuando vislumbraba lo que ha sido un signo de la crisis de responsabilidad, del deterioro progresivo de Venezuela: nuestras capacidad de dar la espalda a los problemas mediante el alcohol. Uslar señala que en 1947, un país de 4 millones de habitantes, insuficiente para abastecerse en la más elemental línea de producción de alimentos, destila cincuenta millones de litros de cerveza y trece

millones de litros de otras bebidas alcohólicas y consume más de tres millones de litros de licores importados. Es decir, un arsenal como para licuar un monstruo acechante que trasciende una tras otra todas las páginas de su libro *De una a otra Venezuela*. Era el mismo país que no fue capaz de producir sus propios recursos, ni por la vía agrícola de sembrar el petróleo ni por la de un comienzo mínimo de industrialización real, que lo sustrajera de su condición de exportador de materias primas e importador de todo. País devorado por una oligarquía parásita que se ha venido amamantando de la riqueza del Estado desde la culminación del proceso emancipador, acomodaticia a las alternancias políticas de regímenes democráticos o dictatoriales durante los siglos XIX, fue encarnada por Briceño Iragorry en la figura del Marqués de Casa León. Una oligarquía que no ha sido capaz de convertirse en clase empresarial apta a emprender una tarea suficiente para modernizar su propio país. Fue y ha sido clase ensambladora de manufacturas exógenas, sin capacidad de riesgo para acometer el crecimiento verdadero de manufacturas propias. Aún en 1994 el país sigue tan alienado por las importaciones de todo cuanto sea consumible, como en los días del neorriquismo petrolero de los años 40 en adelante. Clase intermediaria de comercios importados, clase derrochadora de la riqueza obtenida en la usura y la especulación. Finalmente saqueadora de un inmenso tesoro que convirtió a Venezuela, según otra frase de Uslar, en un país de “suelo rico y gente pobre”, esto es, una Venezuela fingida de opulencia y una Venezuela real de pobreza en incremento no detenido hasta el borde reciente de la ruina.

Estamos pues en el umbral de un aterrador laberinto que, semejante al de Creta, Uslar convierte en símbolo del gran desastre nacional venezolano. Entre sus muros o sus curvas incesantes se embosca una bestia antropofágica, un Minotauro llamado petróleo.

Los síntomas que Uslar va leyendo en aquel paciente grave que es su país, son uno a uno los indicios progresivos de un gran mural del desplome y el colapso a que en más de 40 años (1949-1994) el ensayista ha venido pulsando y advirtiendo con voz profética. Esa capacidad de vislumbrar en sombras lo que para entonces era un futuro y hoy es un presente patético, tal vez sea lo que imprimió al libro *De una a otra Venezuela* el carácter de obra ejemplar en la ensayística de Uslar. Y lo que otorgó al autor, en una línea que arranca desde esa primera obra de ensayo, la condición de autoridad moral junto a la de un modelo que supera los ensayos de un esencialismo abstracto sobre el devenir latinoamericano. Sin voluntad de polémica, la ensayística de Uslar fue desmontando progresivamente las tesis del pesimismo positivista al que también Augusto Mijares había dedicado muchos desvelos, las de un espiritualismo latino como fuerza de oponer frente a las grandes causas mediatizadoras de nuestra economía, un arielismo superviviente que aún trasciende a la ensayística contemporánea. Sin soslayar la necesidad de un pragmatismo económico, el ensayo de Uslar Pietri va desnudando una verdad sociopolítica para luego revestirla de indiscutible literariedad en la prosa de reflexión.

### 3. LAS VERDADES Y EL LABERINTO

Con anterioridad, en dos textos me he referido a la metaforización del drama venezolano que Uslar Pietri construye a través de una nueva lectura del viejo mito helénico del Minotauro. Son mosaicos de un mismo proceso de lectura volcado sobre su discurso ensayístico.

En su libro *De una a otra Venezuela* (1949), cristaliza un proceso que tiene remoto antecedente en un ensayo publicado por Uslar a su regreso de Europa. Se titula “Pies horadados” (1935). De ahí extrajimos el párrafo para hacer el epígrafe de este trabajo. Es una poética del mito en función del relato popular, pero aplicable asimismo al conocimiento reflexivo, es decir, ensayístico. Nos interesa el segundo nivel de presencia en la obra del escritor.

No era necesario ser un oráculo para otear la honda crisis con que después de veintisiete años de dictadura gomecista, Venezuela ingresaba a una búsqueda de estabilidad institucional y económica dentro de un marco político democrático. Esa meditación de búsqueda marca libros de ensayos memorables como *Hacia la democracia* de Carlos Irazábal, *Lo afirmativo venezolano* de Augusto Mijares, *Comprensión de Venezuela y Crisis, cambio, tradición* de Mariano Picón Salas, *Una ojeada al mapa de Venezuela* de Enrique Bernardo Núñez, *Mensaje sin destino, Introducción y defensa de nuestra Historia y Aviso a los navegantes* de Mario Briceño Iragorry. Dentro del conjunto resalta, por lo profundo y persistente de los planteamientos, *De una a otra Venezuela* de Arturo Uslar Pietri.

Muerto Gómez, el sucesor, Eleazar López Contreras, hablará de una crisis de hombres (1936). Uslar escribirá, como ya se apuntó, sobre una crisis de responsabilidad (1936). Mario Briceño Iragorry hablará de una crisis de pueblo (1950) Uslar insistió en 1949 en calificarla como una crisis total de una Venezuela ficticia, ideologizadora de una Venezuela real. El eje de esa crisis será el auge petrolero que comienza a crecer desmesuradamente a partir de la Segunda Guerra Mundial para llegar a su ápice durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (1973-1977), mejor conocido como de la Venezuela Saudita. La crisis económica centrada en el petróleo, transitará por un interminable laberinto cuyas espirales serán: crisis educativa, crisis moral, crisis de liderazgo, crisis total como un centro oscuro donde hoy gira desconcertada toda una sociedad en Venezuela.

#### 4. LA LUCHA CON EL MINOTAURO

En el mito del laberinto, el Minotauro y sus agentes fundamentales: Teseo y Ariadna, materializa Uslar Pietri su teoría de la crisis histórica y endémica de la Venezuela contemporánea. Ya en el Prólogo al libro donde se sustenta el primer asedio —*De una a otra Venezuela*— Uslar sintetizaba la cuestión en tres párrafos:

Crisis que se refleja en su vida política, en su vida económica y en su vida social. Crisis de transformación y deformación fundamentalmente económica que repercute en lo social y que se ha complicado en lo político.

El factor que origina esa crisis es el petróleo. La inquietud colectiva y las transformaciones de la escritura social visibles hoy en Venezuela vienen de él, y la inestabilidad política ha sido su más aparatosa aunque no su más terrible consecuencia.

Mientras la mayoría de los venezolanos no se percate de esa realidad nada podrá hacerse para contener, dominar y transformar esa crisis. Lo que se necesita es que todo el país se limpie los ojos de telarañas políticas y de mentiras convencionales y se movilice en su propia defensa. El petróleo es como un Minotauro y para vencerlo se requiere una empresa teseica. Coordinada, serena y resuelta tarea de muchos. De todos, sería lo mejor.

El pequeño volumen, reeditado en 1973, conservaba no sólo plena vigencia de sus planteamientos y desgarrados alertas, sino que, en un prefacio para la nueva reimpresión, respecto al petróleo y a la crisis de valores desatada por él, anotaba, en alusión a su momento de publicación original:

Ya entonces pensaba que el hecho de la existencia del petróleo en nuestro subsuelo era el más importante de la historia venezolana, el más cargado de consecuencias y posibilidades de todos los cinco siglos cortos de nuestra existencia colectiva. Y lo que allí decía no ha perdido su razón. Que habría que enfrentarlo con fría racionalidad, que utilizarlo para el desarrollo sano de una economía verdaderamente nacional, que sembrarlo convirtiéndolo en industrias, servicios y cultivos permanentes y crecientes, que, de otro modo, estaríamos simulando una nación fingida, sin base económica cierta y duradera. Llegó a parecerme un mítico Minotauro que podía devorarnos si no sabíamos convertirlo en manso buey de labranza. No creo que ya nadie dude de que esas advertencias eran justas y oportunas.

Era ése el momento en que Venezuela ingresaba con grandes fanfarrias a la era de las nacionalizaciones de las industrias básicas, y el petróleo ante todo. En la Venezuela ficticia se nacionalizaron, a altos costos, los riesgos de la exploración y extracción, pero se dejó en manos transnacionales el pingüe negocio de las comercializaciones. El derroche y el alarde de prosperidad llevó a la megalomanía de cierto dirigente presidencial a comprar un triste disfraz de nuevo Simón Bolívar repartidor de préstamos y ofertas, en cruzada de liderazgo continental que nadie estaba solicitándole y que en no pocas circunstancias fue hazmerreir internacional como en aquella caminata por las calles de La Paz (Bolivia), bajo un poncho indígena, para celebrar el obsequio de un raído buque perteneciente al estado venezolano, a un país carente de mar propio. El buque terminó anclado en la Panamá de Torrijos con bandera griega y tripulación panameña. En la Venezuela real, la más fabulosa e impensada masa millonaria de dólares ingresó a las arcas. Sin embargo, lo único que logró crecer en la economía fue una cuantiosa deuda cuyos servicios aún continuamos pagando los ciudadanos comunes reducidos a la categoría de usuarios de unos servicios inexistentes. Los alegres derrochadores, a la hora de la crisis, simplemente la justificaron como un fenómeno “coyuntural”, “continental”, y “universal”.

En otras palabras, la improvisación, el saqueo y el gran festín prosiguieron inalterables.

## 5. LA ESPADA DE TESEO

En 1985, con motivo de una nueva reedición de su libro, Uslar abrió el texto con una nota titulada “Hoy”. Vistos a distancia de treinta y seis años, los constituyentes de la crisis que él apuntaba en 1949, le parecían irrisorios por lo pequeños. Sin embargo, antes de corregirlos, los sectores que controlaron la economía y el estado (una oligarquía usurera, unos “parásitos del petróleo” investidos de falsos industriales, un partido político oscilante entre “un capitalismo vergonzante” y un “socialismo púdico”), habían llevado al país a una encrucijada inmanejable de problemas, a los cuales se añadía un proceso devaluativo de la moneda que pasó de un bolívar fuerte y cotizado internacionalmente, a un ridículo signo monetario desacreditado por una deuda ingente. Todo ello fue el producto de lo que Uslar resume así: “Se deformó, se pervirtió, se adulteró la realidad y se intentó un desarrollo

falso y aparental que no era otra cosa que una expansión artificial y nada orgánica, subsidiada, sin ningún criterio de rendimiento, por aquel torrente que parecía inextinguible, de dólares petroleros”.

La gran trampa, el Laberinto, había aumentado las vueltas de su espiral. Los inmolados ya no eran unos cuantos jóvenes como en el viejo mito. Eran millones de niños sin escuela, dentro de un sistema educativo que marchó de improvisación en improvisación, para desembocar en lo que otro gran analista de la crisis —Mario Briceño Iragorry— llamó la formación de “analfabetos ilustrados”.

La profecía del pequeño libro se iba cumpliendo línea a línea con implacable acierto. Por esas razones el propio autor titulaba un ensayo suyo de 1983, “Profecías de lo obvio”, que cerraba con estas sentencias: “Podría escribir un libro con lo que he dicho en tantos años. No he tenido la necesidad de rectificar porque la realidad no ha sido rectificada. Era fácil prever la situación en que nos hallamos, hubiera sido posible tomar a tiempo medidas para evitarla y no nos encontraríamos tan amenazados y desconcertados como hoy. A veces resulta triste y doloroso haber tenido razón”. En verdad el libro estaba escrito en varias instancias que arrancan de las páginas de 1949: *De una a otra Venezuela*, y culminan en 1922: *Golpe y estado en Venezuela*. La crisis nacional en 1983 aún completaría otra vuelta hacia el centro del Laberinto, una vuelta que podría demarcarse desde el gobierno de Luis Herrera Campins y la revelación de una deuda inmensa cuya única forma de enfrentarla según se le ocurrió a la mente de los expertos fue la devaluación de la moneda (previa fuga masiva de capitales al exterior) y liberar una inflación especulativa bajo la forma de una economía de mercado dentro de una estructura comercial monopólica y con mercado cautivo de las importaciones. Seguirían las negociaciones tramposas de una deuda externa respecto a la cual otro Presidente, Jaime Lusinchi, anunció primero haber hecho la negociación más ventajosa del mundo y, poco tiempo después de entregar el poder, confesar que había sido engañado por los banqueros. Finalmente advino la última presidencia de Carlos Andrés Pérez, o una tragicomedia de equivocaciones, donde el gran nacionalizador de 1973 se convertía en el gran privatizador de 1988. La oligarquía volvió a hacer el gran negocio transnacional de readquirir lo que ya había sido indemnizado con creces al nacionalizarlo. Uslar, el gran acusador desde 1949, no podía callar y no lo hizo. Denunció y terminó acusado de conspirador que instigaba un golpe de estado. En su último libro, poco estaba inventando. Reiteraba argumentos y advertencias de casi medio siglo antes. La realidad se fue enroscando cada vez más en espirales hacia adentro de una crisis sin fin. La denuncia del ensayista se iba desovillando hacia afuera, espiral invertida de un “Yo acuso” que terminó por inducir a la remoción de un Presidente de República, por primera vez en toda la historia de Venezuela.

Era una de las reelaboraciones modernas del mito de Minotauro, Borges cierra su relato con esta frase interrogativa proferida por Geseo: “¿Lo crearás, Ariadna? El Minotauro apenas se defendió”. Teseo muestra al lector de “La casa de Asterión”, una espada reluciente, sin una sola mancha de sangre. No era necesaria. La batalla había sido contra un gran miedo. Pero el gran miedo ya no era el pueblo sino el monstruo que huía de los hombres de afuera, quienes le apedreaban. En Uslar la espada de Teseo es un discurso ensayístico lanzado al combate sin ensangrentarse. En la realidad actual venezolana, la crisis continúa irresuelta. En la Venezuela real, la espada de Teseo se ha tornado una espada de Dámocles



sobre la cabeza de todo un pueblo. La escritura del ensayo puede ser un acto de purificación catártica. Por lo tanto, no puede ser escritura inocente. Barthes niega que la inocencia sea una virtud de la escritura.

